

Bitácora 3, domingo 24 de enero de 2016

Caracas suele ser ciudad apacible y medianamente segura un día de domingo. Es una licencia que nos da el hampa a los ciudadanos, ávidos de espacios abiertos al sano disfrute y a la convivencia. Mientras ellos duermen, nosotros mortales ansiosos por transitar en el asfalto, insistimos vehementemente en nuestra ronda dominical. Y salimos a la calle como si nada malo pasara en el país, provistos de un equipaje de buena vibra y dispuestos a vivir nuestra experiencia urbana.

Ser un *flâneur* tiene sus ventajas. Deambular por las calles y avenidas de la ciudad, es una manera agradable de nutrirse de la riqueza del paisaje de la urbe. Puedes pasar desapercibido; gris, como acostumbro decir. Y disfrutar de ese acercamiento cómplice –como es mi caso- entre la obra y tú, palpando sus rugosidades, sus calidades táctiles, cuando ello es posible. Sino, desde la distancia, afinando la mirada a través del lente o del celular, sorteando todo tipo de obstáculos -desde parar a un lado de la vía pública exponiendo tu propia seguridad, hasta tener ojos en la nuca para resguardar tu dispositivo inteligente de las manos inescrupulosas de los amigos de lo ajeno-, con tal de obtener la imagen de lo que te apasiona. Como es de mi interés, la manifestación artística urbana.

Esta asoleada mañana de domingo caraqueño, me acerco a dos venezolanos que transitan la contemporaneidad escultórica con paso firme, decididos a dejar huella en la plástica nacional: Carlos Medina (Barquisimeto, Venezuela, 1953) y Alberto Cavaliere (Caracas, Venezuela, 1959). Ambos artistas han sido escogidos para el proyecto ViArte, desarrollado por un ente gubernamental en la capital del país, así como en otras ciudades importantes. Una especie de museo vial que pretende sensibilizar al transeúnte a la vez que ornamentar esta ciudad hermosa llena de contrastes y no siempre tratada amablemente.

Pero también es propicia la ocasión para reseñar un mural que se encuentra en el mismo espacio del distribuidor Altamira y casi enfrentado a la obra de Alberto Cavaliere. Se trata de *Entramados*, obra de Víctor Hugo Irazábal (Caracas, Venezuela, 1945), uno de nuestros artistas venezolanos más polifacéticos. Periodista, diseñador gráfico y artista plástico, avocado al estudio de las comunidades indígenas del sur del Orinoco.

Comencemos entonces reseñando el paseo de este domingo.

Fragmento de lluvia para Caracas es la obra monumental de Carlos Medina. Enormes siete gotas plateadas, de 6 metros de alto por 1,60 metros de ancho, se posan sobre un terraplén árido alguna vez cubierto de verdor, que parece pedir a gritos algo del preciado y vital líquido. El conjunto de Medina emplazado a un lado de la autopista Francisco Fajardo, surcando el municipio Chacao, fue inaugurado el 25 de julio de 2014, homenajeando



los 447 años de la ciudad.

El volumen de los siete elementos luce cónsono con el espacio a cielo abierto. Sin embargo, es inevitable tratar de sustraerlas del ruido visual circundante, entre cableado eléctrico, postes de alumbrado vial, vallas publicitarias y la frecuente e interminable cola de vehículos que rodea la zona en días laborables.

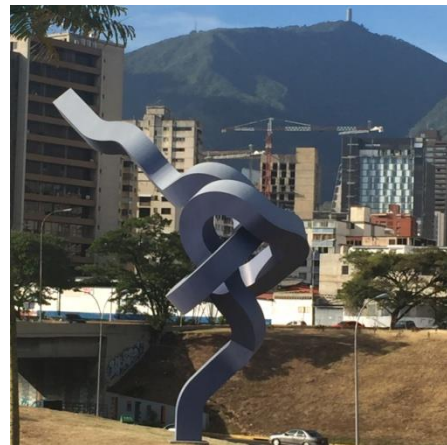


Esta propuesta escultórica data de 1989 cuando en aquel entonces, el artista la presentara por vez primera a la Refinería de Amuay, en el Estado Falcón. Durante la década de los 90, participó en diversos concursos nacionales, tanto en acero, como en concreto armado.

Iniciando el nuevo milenio, se presentó como propuesta para la Bienal de Venecia, en 2001. En 2005, se presenta en el concurso Olimpiadas de Beijing, así como en los Simposios de Escultura en Guadalajara, México, utilizando la madera, como materia escultórica. Participa también en Korea del Sur, con una propuesta en granito, en el año 2006. Finalmente gana la mención de honor en la primera Bienal de Escultura de Guadalajara, México, en 2008.

Tras 25 años, este proyecto de Carlos Medina es ahora una realidad que podemos disfrutar bajo el cielo caraqueño.

El nudo -como es conocida coloquialmente-, es la propuesta escultórica de Alberto Cavalieri para el proyecto ViArte en el distribuidor Altamira de la autopista Francisco Fajardo, a escasos metros de la obra de Carlos Medina. Una monumental atadura en azul ubicada sobre un montículo terroso que alguna vez estuvo cubierto de grama, y que se eleva sobre su base a 12 metros de altura, flanqueada por algunos chaguaramos.



El nombre original de la pieza, *Apeliotes*, refiere en la mitología griega, al dios viento del sureste. Es una estructura conformada por láminas de hierro laqueadas, unidas entre sí y fundada sobre tres pilotes de concreto armado, de 10 metros de profundidad, cada uno. Lo que en nuestra lógica remite a un sistema rígido de ductería, en la obra de Cavalieri cobra maleabilidad y movimiento. Nada se opone a las leyes físicas y todo doblez, curvatura u ondulación es posible, dando absoluta



liviandad visual. Es como si el viento meciera esa gran cinta azul ondeante bajo el cielo.

Muy cerca de esta estructura casi que enfrentado a ella, se erige el mural de Víctor Hugo Irazábal, *Entramados*, una obra de 2007, que cubre 2300 metros cuadrados de pared, compuesta por módulos de cerámica de 20x20 cm, cada una. Este mural forma parte de la iniciativa municipal llamada "**Del Museo a la Calle**", que busca mostrar en diferentes sitios públicos un conjunto de murales realizados por los más importantes exponentes de las artes visuales de Venezuela.

Entramados remite a la geometrización en los tejidos de cestería indígena del sur del país. El artista ha dedicado buena parte de su vida y obra, al estudio de las culturas de la amazonia venezolana y su interés temático son sus formas de expresión.

Mi recorrido termina hoy con la firme convicción de que Caracas sigue siendo una ciudad transitable, de gente amable que se resiste a dejar de soñar espacios de encuentro. He aquí una muestra de ello.

Lieska Husband Sosa

